



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.Apartado 547.—Teléfono 1368.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

JOAQUIN BELDA

El pícaro oficio

FELIPE TRIGO (hijo)

¡Abandono!

ENRIQUE MALBOYSSON

La Bella Membrillo

LUIS DE OTEYZA

¡Talán!... ¡Tolón!...

FRIVOLO

¡Ahí no, ahí no!

CARLOS DE MONTERO

La fruta prohibida

ANTONIO HERREROS

Del arroyo

TOVAR, DEMETRIO

Y AFRODITA

Varios dibujos y retratos de
Marinita, Joaquin Belda
y Ramón Montoya

5 céntimos

MARINITA

Preciosa bailarina. Uno de los números que más gustan al público del Teatro Martín, donde actúa, y donde es aplaudida todas las noches por su belleza, por su gracia y por su arte. (Felicitamos al empresario del Teatro Martín por su acierto para hacer el cartel).





ROSEVELT, aquel antipatiquísimo yanqui que organizó una compañía de reyes del tocino, de la vaselina y de las gomas higienicas, metiéndose en el pleito de España y Cuba, y que después fué Presidente de los Estados Unidos, es uno de los hombres más aficionados á exhibirse que parió madre. Ahora ha regresado de una expedición por el Brasil, desconocido, y las aventuras que de su viaje ha contado, le han valido la repulsa de anteriores

EL INGLÉS Y LA «ECUYERE» O LA SERIEDAD BRITÁNICA



Ella.—No, me lo explico mister; tanto interés como tenía usted de verme sin testigos, y sigue en mi presencia tan tieso como estaba en su palco.

El.—¡Justamente señogita; é cuont, más tiempo la tenga á usted delante, más tiesol

exploradores, los cuales le llaman embustero y fantástico, y hasta llegan á dudar que haya presto el pie en tales regiones. El ha contestado á sus impugnadores y con tan interesante polémica los aficionados á estas cosas estamos un tanto divertidos.

Y digo estamos, porque yo también soy de los que gustan de enterarse de esas cosas de los exploradores, pero de los exploradores auténticos, no de esa taifa de bitongos que se ha dedicado ahora á vestir á sus niños; á vestirse ellos de mamarracho, llevando las pantorrillas vendadas, un palo de escoba á guisa de lanzón y un sombrero de «vaya usted al evacuatorio».

No, los que yo admiro son esos señores que se dedican á recorrer países desconocidos, descubren rios, cazan animales feroces y hacen la mar de barbaridades en beneficio de la ciencia. Para mí, Colón, Hernán Cortés, Magallanes y Pizarro, son unas figuras dignas de todo mi respeto, y lo único que siento es no tener valor para tratar de imitarles. Me pirro por ser conquistador, y ya que no puedo descubrir ningún mundo nuevo, me dedico en los ratos de ocio á conquistar lo que zuenamente se presenta, y unas veces tropieza uno con un país ya conquistado, por muchos exploradores, y otras veces da la casualidad de que cae uno en un territorio virgen, ó por lo menos muy bien imitado.

Eso de ollar por vez primera un bosque bien espeso, exuberante de vegetación, y atravesarlo de parte á parte, exponiéndose, claro está, á los naturales peligros, es de una tentación sólo comparable al placer de los dioses, que también perforaban todo lo que podían, ó mienten las Mitologías.

Debe ser delicioso el penetrar en una selva de cocoteros y platanales, cuajada de monos, de loros de verde plumaje, de vejucos y de gramíneas y encontrarse en un rancho atestado de indígenas en el traje primitivo de los señores de Adán, y ver cómo ellos huyen aterrados, mientras ellas, las pobrecitas, se quedan solitas, y, natu-

PARA LO QUE QUEDAN LOS VIEJOS



Ella.—Pero hombre, que te estoy hablando, atiéndeme; resulta que me he casado con un meditabundo...

El.—¡Calla, mujer, si me estoy acordando de Pérez! ¿Pues no dice que juega al billar mejor que yo?

ralmente, al observar que no llevar ropa y lo enseñan todo, se le abre á uno el apetito, que puede saciar fácilmente en cuanto cae sobre el rancho, teniendo además en cuenta que no hay más trabajo que echar mano al plátano, que en esos países adquiere gran desarrollo.

Leyendo las relaciones de los viajeros exploradores, entra una envidia tremenda, porque, por regla general, los habitantes de los bosques vírgenes, son gente de sencillez extraordinaria y de una admiración tal por el ser civilizado que para expresar su sumisión le ofrecen á porfía á sus compañeras, para que las haga el honor de ponerlas al corriente de los secretos de la civilización, y los hay que se atracan enseñándolas una barbaridad de cosas. He ahí una costumbre salvaje que está muy puesta en razón y que es lástima que no se ponga en moda en los pueblos cultos. ¡La de paseos de exploración que me iba yo á dar en busca de señores indígenas, sin taparrabos que me saliesen al encuen-

tro brindándome su posada y hasta sus posaderas!

Además, que en esas regiones inexploradas, la vida es sumamente económica y no hay que pensar en el impuesto de inquilinato ni en la subida de la habitación; basta con subirse á un árbol y darle dos bocaditos á un coco, y en cuanto al capítulo sastrería, zapatería, etc., es un problema resuelto. Con una hoja de parra silvestre, ó lo que es lo mismo sin monos de Demetrio, ni *Sección Vermouth*, asunto arreglado. Bien es verdad, que teniendo al lado media docena de damas indígenas, vestidas con el mismo traje, ¡para qué más, más menos ni qué mejor vermouth!

Lo malo es que á lo mejor esos salvajes tan bondadosos, se acuerdan de que lo son, y cuando está usted más descuidado, van y le cortan la cabeza.

¿Y qué hace uno cuando se la han cortado, con aquella media docena de ciudadanas en libertad?

Un pequeño REPORTER

El pícaro oficio ⁽¹⁾

Aquella noche los salones de Blanca Canales, en la calle de Serrano, se abrían para una fiesta mundana; estos salones eran cuatro: uno tapizado de amarillo, con balcones á una calle perpendicular á la primera, que era el salón de baile; otro escarolata, que era el comedor, en cuya mesa habia servicio para treinta y seis cubiertos: otro, de fumar los hombres... y las mujeres, que no estaba tapizado de nada porque las paredes eran de purísimo estuco, y el último, situado en un rincón de la casa, en el cual habia una amplia mesa con una ruleta en medio, y varias sillas haciendo escuela á la mesa.

La previsión de la dueña de la casa habia preparado dos habitaciones más; pero éstas pertenecían á la parte reservada de la vivienda, y por eso no metemos en ella al lector; eran, sencillamente, dos alcobas, dispuestas para el caso — ¡harto probable! — de que una de las invitadas se indispusiera repentinamente, y tuviese que echarse un rato, acompañándola, por si habia que llamar al médico, algún galán de los más atentos.

A las diez de la noche, Blanca, vestida de raso malva, y con un descote, asomándose, al cual se le veían las rodillas, esperaba ya la llegada de los invitados á la puerta del salón de baile. La acompañaban solamente dos personas: Maruja y Javier; éste... se habia acostumbrado ya á todo, como sabiamente habia previsto el mismo algunos meses antes. Quiere esto decir que el muchacho habia ascendido — descendido dicen algunos — á chulo de la *La Paloma*, á quien sacaba muy buenos cuartos, entre otros el importe de un abono á un precioso coche de un caballo, con el cual el joven se paseaba de continuo, por Madrid, como si fuera el Presidente del Consejo.

—¿Esperas mucha gente? — preguntó Maruja á su amiga.

(1) Novela recientemente publicada por Joaquín Belda.



Joaquín Belda

—Yo creo que vendrán casi todos; yo he invitado á todo el mundo. Creo que vendrá Daniela con Paco.

—¿Paco aquí?

—¡Pues ha venido pocas veces!... Bastante le importa á él. También vendrá Berta, y me ha dicho esta tarde que procurará traer á *Lucerito*.

—¿Al torero?... Pero, ¿es que han hecho las paces otra vez?

—Ya lo creo; ¿tú crees que esos se pelean nunca de veras?

—Oye, ¿y Elena?

—Vendrá también. Y Josefina y Ramón.

—¿También Ramón?

Maruja al decir esto miró á Javier, que ante un espejo se estiraba las solapas del *smoking*.

—¿Qué Ramón es ese?

—preguntó el joven — ¿Ramón Ledesma?

—El mismo.

—Pues sí que nos vamos á juntar aquí sinvergüenzas esta noche.

—¡Pobre Ramón! Pues si es tan simpático...

—No lo niego; pero es un distinguido canalla.

—Bueno, éste es que, sabes — intervino Maruja — la tiene tomada con él porque me hace el amor.

—No, porque te hace el amor. no; porque lo hace delante de mí.

—Eso demuestra que es un hombre franco.

—Lo que es, es un presuntuoso inaguantable. Se figura que las mujeres se desmayan al verlo.

—No, guapo si es

—Ya sé que te gusta, pero ¿date con ojo, que el otro día le prometí un mamporro, y yo soy hombre de palabra.

Llegó Antoñito Bermejo, era éste un elegante, con algunas pesetas, que tenia justa fama de invertido, fama que era para él un timbre de gloria, á cuyo lustre se consagraba á diario con nuevas hazañas. Venia tras él Clara Magallanes, una exmeretriz que habia hecho algunos cuartos; pero que ya no ejercía con los hombres, dedicándose á gastárselos con las mujeres más de su agrado.

Poco á poco se fué poblando la casa; el público era ese especial de entretenidas,

chulos, protectores y celestinas, cuyas reuniones era una lástima que no tuviesen su cronista en las columnas de los periódicos.

Cuando iba á empezar la cena llegó Mamolo Tomillo, el simpático é ilustre escritor, que vivía como el pez en el agua en aquel medio social, y que era punto fuerte en toda reunión donde se rindiese culto á la ruleta ó al bacarrá. Apenas vió á Javier, se colgó á su brazo y lo llevó hacia el salón del juego.

—¡Hola, señor Escosura! ¿Usted por aquí?... Ah, vamos—había visto á Maruja—; la sogá tras el caldero.

—A ver...

—Bueno, y ¿qué hay de cosas?

Se indignó al ver vacía la mesa de la ruleta.

—Pero, hombre, ¿aun no ha empezado esto? Verá usted cómo esta gente cursi prefiere irse á cenar, como bestias, en vez de meterse aquí. Pues yo no pienso aparecer por el comedor.

¿Usted ya habrá cenado?

—Ayer, si señor.

—Ah, vamos: Entonces no cuento con usted... Buenc, hombre, señor Escosura, ¿no estamos satisfechos de la vida, verdad?

—No, no estamos: hay muy poca gente que lo esté.

—Bueno, pero hay algunos que tienen dinero: se confirma eso por fin.

—Sí; pero para nosotros, como si no.

—Y esos libros, ¿cómo van?

—Pues tan buenos. Ahora voy á dar uno.

—Ya lo he visto anunciado.

—¿Cómo se llama? Que no recuerdo el título...

—Más alto que el sol.

—Y ¿qué es? ¿La viua de don Antonio Barroso?

—No; cosas de hace un siglo.

—Entonces los datos se los habrá dado la dueña de esta casa, porque Blanca, hace un siglo ya hacía la carrera por el paseo del Prado y el arco de Boteros.

—No diré yo que no

—Bueno, y ¿es verdad que se va á vivir á París? ¿O es un pretexto para dar esta fiesta de despedida?

—No, no; es verdad.

LA COCINERA Y EL SOLTERON (No es fábula).



Ella.—Bueno, le daré gusto, le haré arroz.

El viejo.—¡Pero con almejas! (Esto lo dice con desesperación).

—Pero la historia esa del americano rico, ¿también es verdad?

—Ya lo creo; es un millonario de Méjico que se ha enamorado de ella y le ha puesto un palacio en la avenida del Bosque.

—Será algún anticuario, porque esta mujer no creo que inspire ya interés como otra cosa. Ahora, al entrar, al estrecharle la mano, me pareció estrechar un pergamino, de esos donde escribían sus fueros los pueblos castellanos.

—Sin embargo, algo tendrá oculto cuando así encuentra quien la adora.

—Es posible.

Pero se acercó á ellos la propia Blanca:

—Vamos, mocitos, ¿no pasáis al comedor? Ya van todos para allá.

—Mira, Blanca, á mí me vas á perdonar; pero la dispepsia me ha atacado esta

LECCION DE MUSICA



La s. — ¿Qué te hizo ese tío de profesor cuando te daba lección?

La o. s. — Mica, chica, me da reparo decirte: nada...; nada...; estuvo tonteanando un rato.

noche más fuerte que de costumbre. Así es que dispepsia, digo, dispensa, si no me siento á tu mesa, pero no voy á abrir la boca.

—Anda, tonto, beberás una copa de champagne. ¡Y yo que te habia puesto á mi lado!...

—¿A tu lado?... ¡Qué detalles tienes!

—Como es la última vez que nos reunimos en mi casa...

Fueron todos al comedor, y Javier se

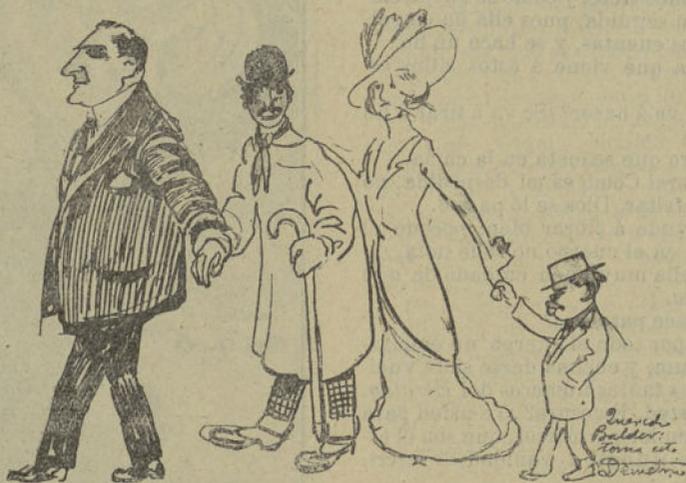
Antoñito Bermejo llegaba, contoneándose como una bayadera.

—¿No habéis visto ustedes al Lucerito?

—Pero, ¿ha venido?

—Ah, sí; pero se me ha perdido; debe haberse marchado con la cochina esa de Milahritos. ¡Qué mujer! ¡Me lo trae loco al muchacho!

—No te apures, que ya aparecerán los dos, aunque sea en algún rincón, y muy juntitos.



Balder, el sobresaliente (no siempre se ha de decir notable) ventrilocuo, acompañado de sus principales muñecos Cleto, la señorita doña Cañería Engrudo de Pan y Agua, y el irascible Gaonilla, que actualmente hace una tournée por provincias.

(No queremos hacer elogios de su indiscutible superioridad, por que como le queremos tanto, van á decir: ¡Mira esos! ¡Los habrá convidado á patatas fritas!).

encontró á Maruja hablando con Ramón Ledasma.

—Oye, Ramón, ¿es que me quieres quitar la novia?

—¿Qué estúpido eres!

—Yo creí que tú tendrías bastante con la baronesa del Cañete. ¿Son ochenta y dos años, ó noventa y dos los que tiene?

—No sé; yo no les miro nunca la edad á las mujeres, sino la cara.

—Sí, pues la cara de tu baronesa tiene fama en Madrid para quitar el hipo.

Maruja intervino:

—Javier, no seas tonto.

—Anda, tonto; Blanca quiere que nos sentemos á su lado.

—No decidmelo, no decidmelo, que me ahogo...

Y se fué con idéntico contoneo, como quien persigue una ilusión lejana.

La comida fué animada y bulliciosa. Blanca se habia sentado entre Manolo Tomillo y Maruja; Javier estaba al lado de ésta, y tenia al otro lado á una incógnita, matrona de senec prominente, que no hacia más que mirarle de un modo subversivo.

A la mitad de la comida llegó una dama, alta, muy pálida. Blanca se levantó á abrazarla y la colocó, como pudo, al otro lado de la mesa.

—¿Quién es? —preguntó Maruja á Blanca, cuando volvió á su sitio.

—Teresa Ayamonte; ¿no la conoces?
 —Pero, ¿esa mujer es Teresa?
 —Claro, ¡la pobre!
 —¿Qué le pasa? ¿Está enferma?
 —No — bajó la voz para decirlo —; que está embarazada.

—¿De mucho tiempo?
 —No lo sabe; ella cree que de trece meses, pero, ¡qué sabe la pobre!

—¡Jesús, de trece meses! ¿Qué fenómeno es ese?

—No; es que ha tenido un aborto de seis meses hace siete, y como se quedó embarazada en seguida, pues ella ha empalmado las dos cuentas, y se hace un lío.

—Y ¿para qué viene á estos sitios estando así?

—Y ¿qué va á hacer? ¿Se va á tirar á un pozo?

—No; pero que se meta en la cama.

—¡La pobre! Como es mi despedida, no ha querido faltar. Dios se lo pague.

—Y la ayude á librar bien; porque el caso es que en el cuerpo no se le nota.

—Tiene ella muy buen cuidado de que no se le note.

—¿Qué hace para eso?

—Líarse por todo el cuerpo un emplasto de linoleum, y encima darse siete vueltas con otros tantos números del *Heraldo*.

—¿Oye usted, Escosura? ¿Ve usted para lo que sirven los periódicos, que son el escaparate de nuestra vanidad de escritores?

—Menos mal cuando sirven para abrigarse la panza; ya sabe usted que hay espíritus escépticos que los destinan á otros usos peores.

—¡Oh, pequeñez de las glorias humanas! Blanca: haces bien en irte á París; aquí ya no pueden vivir más que los que se han extirpado el cerebro.

¡Abandono!

Cesó el loco taitán, y un instante permanecimos mudos, abrazados; yo miraba al través de sus pestañas el deseo de encender sus ojos garzos.

Hundi las manos en la lluvia de oro de su pelo, los dedos enlazando, para dejar con ansia dolorosa un beso entre la grana de sus labios.

E iba su cuerpo á mis caricias dulces abandonando en bruscos arrebatos, cuando llegó el ladrón del camarero el «Alirón», para avisar, cantando.

Felipe TRIGO (hijo)



La Hoja de Parra.— ¡Ay, querido lector, mirame las caras!
 Nuestro director ha dado órdenes terminantes á Destri-
 varas de tela fina...; lo malo es que el pobre no dispone
 que digamos.

La Bella Membrillo

Pocas bailarinas y cupletistas tendrían la gracia y el desparpajo de la Bella Membrillo. Un año llevaba todavía en tablas; pero así y todo, ya había destrozado más corazones que un carnicero: un canónigo, un sargento de carabineros, un torero, un cobrador de cédulas, un carbonero, y hasta ¡un maestro de escuela!...

Todos, todos esos y muchos más, habían sido sus amantes.

Y se comprende; porque, ¡caballeros! la Bella Membrillo, además de ser joven y guapa, era una artista; porque tenía un contoneo tan gracioso y travieso, y hacía unos movimientos como si hubiera tomado dos onzas de sulfato de magnesia antes de trabajar. ¡Aquello, aquello eran los verdaderos molinetes! Por eso aseguraba con Pedro, que a ese paso y con tal meneo de tripas, pronto serían a su lado unas vulgares sanguijuelas, la Goya, Raquel Meller, la Argentinita, Tórtola Valencia y otras *desgraciadas* por el estilo.

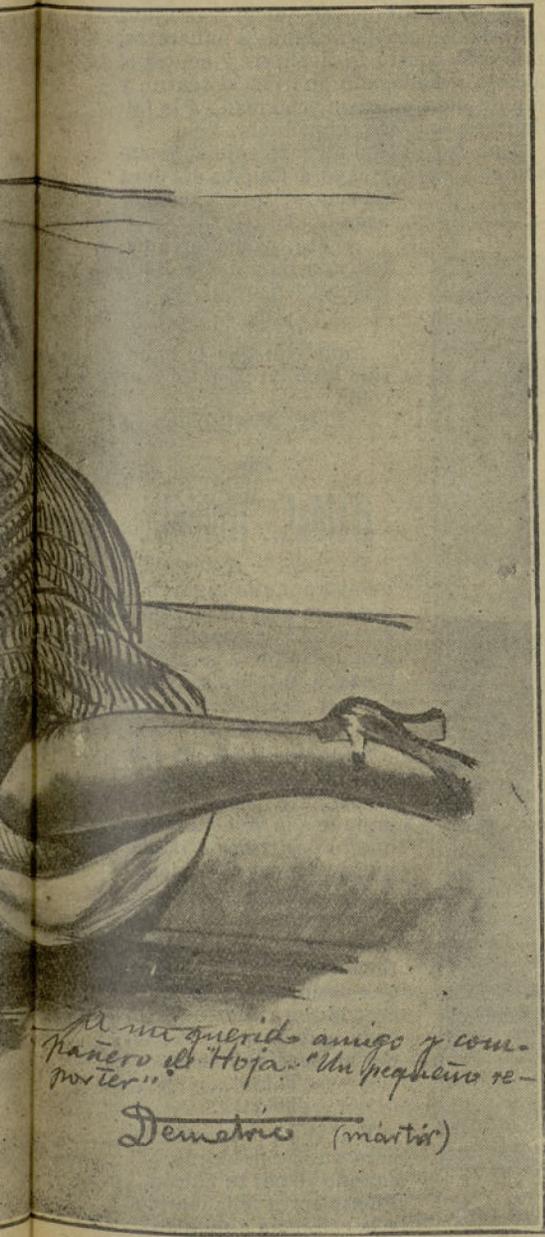
Pero primero, para desasnarse un poquito, era preciso que se dejara ver en los pueblos hasta que tuviera completo dominio de la escena y de las tripas. Un amigo que tenía, agente de variedades, le proporcionó un contrato: era la feria de un pueblo bastante importante de la ribera, y le menos echarían una docena de funciones.

Formaban el cuadro de la compañía, además de ella, el *Pastrana*, un muchacho muy gracioso y muy sinvergüenza, que hacía de ventrilocuo; *Rita Pera*, gran equilibrista, maestra en las paralelas, en las horizontales, en las subidas al columpio, sin tocarlo con las manos, y una preciosidad en las bajadas á pulso. Completaba el elenco *Tik, Tak*, un animalucho de Albaraya, muy gorrino, que se hacía pasar por negro y que tocaba pasodobles con los dedos de los pies, en una guitarra que pendía del techo.

Con todos estos elementos, más la simpática Membrillo, ya se puede comprender que alcanzarían éxito allá donde estuvieran.

Con lo que no contaban era con que el juez de paz del pueblo comenzó una tremenda campaña contra ellos, tachándoles de inmorales y sinvergüenzas.

—Esto no se puede resistir — decía —; esa mujer, avodada la Bella Membrillo, es la perdición de los mozos que se ponen como becerros contemplando las infames



A mi querido amigo y compañero el "Hoja": "Un pequeño reportaje"

Demetrio (mártir)

as penas por última vez
Demetrio para que me vista. Quiero que me haga un traje de 30
poner mucha tela...; apenas si tiene una cuartá, y no es muy fina

contorsiones de esa mujer del demonio. Sí, señor — continuaba —, la juventud está condenada, y los responsables son los padres por consentir que sus hijos vayan al teatro á pervertirse.

Los jóvenes, maldito el caso que le hacían, y todas las noches se llenaba el teatro de una multitud frenética, que se entusiasmaba contemplando las medias y las

ligas de la bailarina, rojas como el fuego.

Uno de tantos días en que el pobre juez deshacía la mesa del Juzgado á puñetazos, bramando contra la sicalipsis y contra el mocerío desahogado que iba al teatro, y después de una pausa echó mano á la faltriguera para sacar el pañuelo.

Al mismo tiempo un lazo rojo se le enredó con aquél y cayó á los pies del cura párroco, que exclamó, asombrado:

—Pero, ¿cómo lleva usted una liga de la Bella Membrillo?

Aquella noche la bailarina sacó las ligas de otro color.

E. Malboisson

¡Talán!... ¡Tolón!...

De la tarde al acabar, en el tranquilo lugar donde se alza tu mansión, resonaba la campana que desde torre cercana lanzaba lúgubre son:

¡Talán!...

¡Tolón!...

Sus notas hasta mi oído llegaron como gemido de doliente corazón, en la noche de aquel día que tú destrozaste, impía, nuestra amorosa pasión:

¡Talán!...

¡Tolón!...

Por eso, si entre dolores recuerdo aquellos amores que deshizo tu traición, creo oír en ritmo incierto, como si doblase á muerto, por mi perdida ilusión.

¡Talán!...

¡Tolón!...

Y al ver que te casarás, pero nunca olvidarás, cuando yo por tu balcón... Pienso en tu feliz marido, y la campana á mi oído dice con aire burlón:

¡Talán!...

¡Tolón!...

Luis de OTEYZA



—Ayer tuve un disgusto con Arturo; vino con un amigo suyo y al verme con esta bata se exaltó.

—Natural.

—Y me dijo que así no era modo de recibir á nadie.

—En eso difiere de Arturo, porque, chica, es toda una señora preñada para recibir.

UN SEÑOR BIEN EDUCADO
Y UNA MUJER INCULTA



Ella.—¡Vamos, hombre, pasa por aquí!

El.—¡De ninguna manera; usted primero!

Ella.—Te advierto que aunque seas tan fino te va á salir la misma cuenta.

¡AHI NO, AHÍ NO!

En italiano «himno», y «ahí no», son voces que se confunden, sobre todo dichas á distancia y á voz en grito. Esta semejanza dió lugar á un incidente cómico. Os lo contare:

Italia ardía en guerras. Con frecuencia, de los puertos del Sur salían barcos abarrotados de fuerzas, que enfilaban sus proas hacia la Abisinia. El nombre del *negus* Menel'ic, era odiado. Estábamos en vísperas de sufrir su gran derrota el general Baratieri.

En una población marítima las gentes se apercebían á despedir con todo honor un nuevo cuerpo expedicionario. Entre otros festejos públicos se había organizado una función de gala en el teatro. En todas partes lucían gallardetes, colgaduras, banderas y guirnaldas de flores.

Los soldados, en aquella forzosa espera hasta la hora del embarque, fraternizaban

con el pueblo. Las muchachas, de corazón sensible, de sangre inflamada por el patriotismo, tenían á gala ir con ellos, muchachos á los cuales el sol y la poca edad inflamaba su sangre. Añádase á esto que, en todos los establecimientos de bebidas, se les obsequiaba, sin tasa.

Marieta simpatizó muchísimo con uno de los soldaditos expedicionarios. La presencia de la madre de ella no fué obstáculo para que los jóvenes intimaran.

Después de comer juntos en casa de la muchacha, los tres se excaminaron al teatro. Todavía era muy pronto. En las localidades altas, sin ocupar en su mayoría, se veían parejitas de soldados y muchachas del pueblo. Los que arribaban buscaron acomodo en un ángulo, al que apenas llegaba la luz débil de la sala. La madre, con esa filosofía propia de quien fué cocinero antes que fraile, se dispuso á dormitar.

LA ÚLTIMA MODA



Demetrio

Una.—¡Pues no estoy cas. borrachita!; y el caso es que antes de salir no he tomado más que un poco de Jerez y unas almeja.

¿Se me habrá subido el Jerez a la cabeza?
La otra (fijándose en el sombrero). Lo que se te ha subido a la cabeza es la almeja.

Los jóvenes reanudaron su conversación, cada vez más fogosa. A ratos permanecían callados, mirándose á los ojos. Sus cuerpos se buscaban, y muy apretados el uno contra el otro, la conversación seguía torpe, balbuciente...

Abajo todo era actividad. Llegaba la gente de etiqueta. Los empleados municipales recibían las últimas instrucciones. Todo era ir y venir. Un empleado del Mú-



—¡Qué ganso es! ¡Vaya, me daré polvos para que no se me conozca!

nicipio trajo la noticia de que el banquete oficial iba despacio. El general y las altas autoridades aun tardarían cerca de una hora en llegar. Faltaban dos platos, los postres, el champagne y... los brindis. La función dió comienzo, pero con objeto de no hacer fracasar la manifestación que se preparaba, uno de los empleados subió al último piso. Tenía el encargo de otear desde una ventana la llegada de la comitiva, y cuando ésta entrase en el teatro, asomarse por el pasillo á la grada, y gritar desde allí con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Himno, himno!...

Marieta y el soldadito olvidaron donde se hallaban. Juntos, quemándose con sus alientos, abrasándose con las miradas; él,

para practicar lo que luego en campaña había de hacer con frecuencia, comenzó á explorar el terreno, contenido por débil resistencia de la moza.

Todos los principios son difíciles, pero el joven los venció con gallardía. Faltaba un último baluarte que ganar, y el soldadito se tiró á fondo; pues como buen estratega, supuso que le sería más fácil á Marieta protestar de lo hecho que avenirse á la complicidad; pero no contaba con el estado de excitación de la joven, á la cual la sorpresa del brusco ataque podría hacerla lanzar algún grito. Y así fué...

En el escenario, los artistas, recitaban sus papeles, distraídos por el bullicio de la sala, y más atentos al momento del homenaje, cuando de pronto, rompiendo el rumor de las conversaciones, surgió un grito agudo: ¡Ahí no, ahí no!

El director de orquesta se puso en pie rápidamente, y requiriendo la batuta, golpeó con ella en el atril para llamar la atención de los músicos. Cesaron las conversaciones. La gente se levantaba en sus asientos y daba la espalda al escenario, mirando al palco del Municipio. Diferentes voces se sumaron á la primera, y con estudiado entusiasmo gritaron enardecidas: ¡Himno, himno!

La música rompió á tocar, aplaudían los caballeros, agitaban las damas sus pañuelos, y los cómicos, con sendas banderas, irrumpieron en el escenario, formando semicírculo, en espera de que el director les hiciera la señal para cantar el coro patriótico...

Fué una falsa alarma. Después de una espera de cinco minutos, cada cual volvió á su sitio, hasta que llegasen de verdad los invitados al banquete en la Casa Municipal. Todos comentaban la equivocación. Todos, no. Marieta y su soldadito no decían nada. Tenía ella arrebatadas las mejillas y los ojos entornados. Brillaban los del mancebo, por cuya frente el sudor brotaba con fuerza. Ella reía, reía con risa nerviosa de hembra satisfecha...

Veinticinco minutos después llegó el general y sus acompañantes. La apoteosis salió á pedir de boca, sin un sólo tropiezo.

Cuando el dependiente, preparado al efecto, gritó desde arriba: ¡Himno, himno! Marieta miró al soldadito con los ojos de ardor y risa picaresca. El, muy serio, reterecía con ademán donjuanesco una de las guías de su incipiente bigote.

FRIVOLO



Ramón Montoya

Notable tocador de guitarra, que entre sus contratos cuenta con el ventajosísimo que le hará actuar en Alemania. Montoya no es un jornalero de la guitarra, es un artista completo.

La fruta prohibida

Lucía al descubierto su belleza
Eva con extremada seducción;
su cuerpo era la misma tentación,
y Adán perdió á su vista la cabeza.

Pudo más en los dos la naturaleza
que de Dios la severa prohibición,
y siendo Adán curioso inocentón
Eva pronto triunfó de su simpleza.

Una vez el pecado cometido,
Adán de gozo estaba archicontento,
aunque ante Dios fingióse arrepentido;
y de vergüenza y de aprensión exento,
con una hoja de parra, por vestido,
hizo escarnio del sexto mandamiento.

Carlos de MONTERO

Lea usted en **EL LIBRO POPULAR**

El pecado de David

novela completa por

ADOLFO MARSILLACH

20 centims

DEL ARROYO

La azulina luz de un farol de gas cae sobre «ella», envolviéndola con su resplandor de fuego fatuo. Por la desierta calle pasan rápidamente algunos grupos de trannochadores, quienes, faltos de sueño ó ansiosos de broma, caminan con lentitud cansina, dirigiendo frases chungonas á las mujeres, que, paradas en el borde de la acera, ofrecen sus caricias por unas monedas. De vez en vez un grupo de transeuntes se para junto á una de las mujeres y se escuchan frases groseras y sonoras cajadas. Otra veces se destaca del grupo una pareja; él, como mohino y cabizbajo; ella taconeando orgullosamente, como si pretendiera inspirar envidia en sus compañeras que la miran alejarse murmurando entre sí.

La pareja desaparece en el negro fondo de la calle y los que acompañaban al que se marchó, ú otro grupo siguen rodeando



Una.—Chica, ya va siendo hora que dejemos los manguitos.

La otra.—En eso estoy; pero yo no me puedo acostumbrar á no tener alguna cosa peluda cogida con la mano.

Una.—¡Pues cómprate un perrito, so tontal

á las mujeres, quienes, conocedoras de los «pelmazos», pasan por entre e los con gestos depreciativo, mientras sus labios, pintarrajeados, entonan una copla canalla, con entonación, que en el silencio de la noche suena como un lamento.

De tiempo en tiempo surge de un portal una pareja, y mientras él la dirige un



—Oye, pequeño; cuando salgas me tienes que traer una caja de polvos de arroz.

—¿Quién es Arroz?

«adiós» frío, ella, mirando á los que pasan, murmura distraidamente:

—Adiós, rico; ya sabes, Carmen.

Márchase él, y la hetaira camina calle arriba, balanceando exageradamente el bolsillo, que pende de una de sus manos, y en el cual suenan algunas monedas.

El cuadro tiene todo el trágico horror de los vicios, puestos en su horripilante desnudez. Diríase que por un extraño fenómeno demoníaco los seres han perdido la

noción de todo, y sólo impera en ellos el instinto de los animales, en celo, procurando calmar su calentura, sin ver cómo, ni cuándo, ni de qué manera. Las negruras de la noche, en las que ponen macilentas pinceladas el resplandor de los faroles públicos; las voces roncadas, las frases obscenas, las figuras convertidas en siluetas deformes, confusas; las canciones semejantes á quejas; todo hace pensar en una alucinación dantesca.

Luisa, parada debajo de un farol, sigue con distraído mirar el desfile de hombres y mujeres, mientras sus ojos inquieran con avidez el negro fondo de la calle y sus pies taconeaban nerviosamente el suelo y la boca murmura con aburrimiento una canción. Cuando alguno ó algunos se acercan á ella en demanda de broma ó de trato, gira sobre los talones, y mirando hacia el lado opuesto al que están sus «admiradores» continúa en su actitud, hasta que los pelmazos, aburridos de no escuchar una sola palabra de la mujer, se marchan obsequiándola con insultos que ella desprecia olímpicamente.

Poco á poco los trasnochadores escasean; las mujeres también. Las voces suenan más opacas, más tristes; en los quicios de las puertas se ven bultos medrosos; de vez en vez brilla en la obscuridad la lumbre de un cigarrillo; las sombras de la noche parecen más densas, y las de los faroles tienen la trágica tristeza de los fuegos fatuos.

Luisa, que no se ha movido del lugar que ocupó toda la noche, continúa entonando copla tras copla, con esa entonación monótona que tan claramente denuncia el estado de un alma atormentada. Los pies golpean, impacientes, las baldosas de la acera; las manos consuelan su nerviosidad arrancando trozos de fleco del mantoncillo con que cubre su cuerpo.

Por la acera, donde está parada Luisa, avanza una mujer con caminar chulesco. El taconeado de sus pies es en el silencio de la noche entrecuchar de huesos. La mujer avanza distraidamente hasta ver á Luisa. En este momento sus ojos adquieren un brillo extraño y acelera el paso. Cuando llega junto á su compañera párase en seco, murmurando:

—¡Hola, rica!

—Hola —dice Luisa fijando en la recién llegada sus ojos llenos de inquietud. La que está junto á ella es su rival, á la que arrebató el hombre á quien espera.

—¿Te aburres, chica?
 —No lo creas.
 —Haces mal en esperarle; te advierto que es un canalla...

Signe hablando la rival de Luisa y sus palabras insultantes para el hombre que espera, hacen que los ojos de la prostituta brillen amenazadores. De pronto la parlanchina exclama:

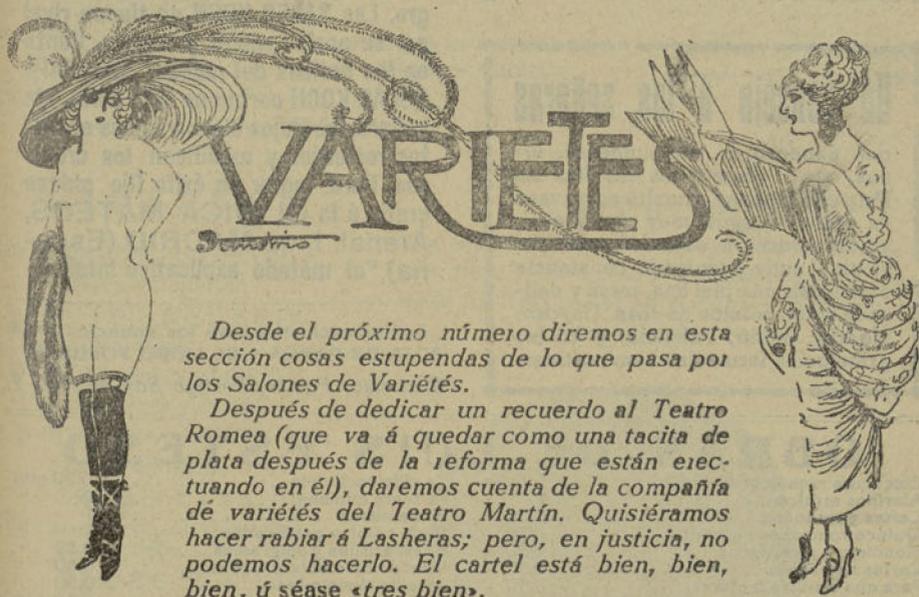
—¡Va ves; tú esperándole, y él con otra!
 —¿Era de «postín»? —dice Luisa diti-
 jando una sonrisa que es mueca.
 —No; de cinco...

—Si que es raro, porque yo le di diez.
 Un tirón energético de la mano arranca del mantón un puñado de flecos.

—Allá penas — murmura la habladora —, y dando media vuelta se aleja calle abajo, entonando con desgarrada y canallesca voz:

«Estás como San Lorenzo;
 con la sonrisa en los labios
 y achicharrata por dentro».

Antonio HERREBOS



Desde el próximo número diremos en esta sección cosas estupendas de lo que pasa por los Salones de Varietés.

Después de dedicar un recuerdo al Teatro Romea (que va á quedar como una tacita de plata después de la reforma que están ejecutando en él), daremos cuenta de la compañía de varietés del Teatro Martín. Quisiéramos hacer rabiarse á Lasheras; pero, en justicia, no podemos hacerlo. El cartel está bien, bien, bien, ú seáse «tres bien».

Nuestro regente, que es un pelmazo, me ostiga para que termine pronto; así es que hasta el próximo número que nos extenderemos más.

¡Que va á haber leñal!

EL FENÓMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

PABLO CUESTA

Se encarga del reparto de periódicos y revistas dando toda clase de garantías. Además de otras revistas reparte actualmente *El Libro Popular* y *LA HOJA DE PARRA*. Para pedidos de *El torero trágico*, escribid directamente á Pablo Cuesta, **Tres Cruces, 4, tienda.**

Agentes exclusivos en Sud América
 MASSIP Y COMPAÑIA
 RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA(S.A.)

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, rupus, etc. Tomar todos los días un **Papel Yhomar** disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. *Gayoso*, Madrid; *Gamir*, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros ó irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DIAS, sin peligro, los flujos bienorrágicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA y EL LIBRO POPULAR.

Francisco Pastor, Postigo San Martín, 9.

OBRAS DE LUIS ESTESO

Cincuenta monólogos verdes.	1 pta.	La vida cachunda.	0,20 pta.
Alaridos eróticos.	1	La reata humana.	2
Cartas para todos.	0,50	Entremeses.	1
Quince romances en chufia.	0,50	Viaje cómico por España.	1
Monólogos picarescos.	0,50	Chascarrillos y epigramas.	0,50
Cartas amorosas.	0,50	Vida de Belmonte y algo más.	0,50
Para que rían las mujeres.	0,50	Joselito tiene miedo.	0,50
Los caminos del amor.	0,50	La República del Común.	0,30
Diálogos del teatro.	0,20	Malagueñas y cantares.	0,20

OBRAS COMPLETAS: tres tomos encuadernados, 10 pesetas.

PEDIDOS A FERNANDO FE, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Solo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjense ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896)

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pta.